

XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Rosalino Dizon Reyes

Si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas (Fil 2, 1)

Como su Padre, Jesús no se complace en la muerte de los pecadores, sino en que cambiemos de conducta y vivamos. Es clemente y compasivo, lento para la ira, rico en amor y fidelidad.

No reacciona impetuosamente nuestro Señor a nuestra desobediencia; no nos la echa en cara ni nos castiga enseguida. Sabe esperar. Nos da tiempo suficiente para que nos arrepintamos. No nos paga según nuestras culpas. Su soberanía poderosa se manifiesta en la moderación y la indulgencia.

Pero no así lo ven a Dios muchos practicantes religiosos de observancia estricta. Ellos se fastidian al notar que queda impune un ofensor. Como el profeta Jonás, se disgustan irrazonablemente y se les escapan de la memoria sus faltas y la bondad de Dios para con ellos.

La expectativa de ellos es que Dios responda inmediatamente al desobediente con castigo debido. Hay que enseñarle al delincuente su lugar y poner freno a toda delincuencia en sus comienzos. Si nada se dice ni se hace, se va a dar la impresión de que uno es un consentidor, injusto o débil.

Los que comentan, sin embargo, que el proceder divino no es justo son con frecuencia los realmente culpables de la injusticia. Tales personas recapacitan y se arrepienten solo con mucha dificultad, aun enseñándoles sin ambigüedades la Ley y los profetas y el Hijo mismo de Dios el camino de la justicia.

Pero igual les muestra Jesús su paciencia inagotable. Sigue anhelando el día en que podrá reunirlos a todos ellos y abrazar incluso a los que han matado a los profetas y a los enviados de Dios. Es que son irrevocables las dádivas, la llamada y las promesas de Dios. Y él las renueva en la nueva alianza sellada con el sacrificio de Jesús, quien entregó su cuerpo y derramó su sangre por todos. Dios no repudia, no abandona a nadie.

Si, pues, alguien queda desertado, será por su propia culpa, por rehusar, por propia voluntad, acudir a Dios por Jesús. El castigo, la muerte, no viene de Dios, sino de nosotros. Resulta de las decisiones erróneas que hacemos; «lo que uno siembra eso cosechará». El confinamiento solitario infernal es consecuencia lógica de querer estar solos, de encerrarnos en nuestros intereses, de cerrarnos a Dios y al prójimo.

Ensimismados nos destruimos a nosotros mismos. Según san Vicente de Paú, quien no tiene entrañas compasivas es inhumano, es peor que las bestias (XI:561). El incompasivo es como una peña, insensible, incapaz de convertirse, de crecer y madurar.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)